

DIVAGACIONES SOBRE LA SABIDURÍA

Por Emilio URANGA

TIENE LA FILOSOFÍA una doble condición: pretensiones de ciencia y realidad de sabiduría.

La sabiduría, como la ciencia, es democrática, más aún, popular, al alcance de todos.

Hay sabiduría del ama de casa, de la cocinera, del zapatero remendón y hasta del pepenador; hay la sabiduría del maestro, del artista, del investigador, del funcionario, del religioso. Sabio es Dios, sabio el campesino. Ante la sabiduría no hay privilegiados, todos pueden gozar de sus dones.

El Cardenal Newmann afirmaba que caballeros pueden ser todos, desde el duque hasta el carbonero. Lo mismo aquí: todos pueden ser sabios.

Pero los desesperados parecen estar más cerca de la sabiduría que los suficientemente. Lo que atrae de la sabiduría es su capacidad de consuelo, para el hombre que sufre la sabiduría es el único paño de lágrimas que le queda.

En definitiva: la sabiduría es el mejor bien que al fin y al cabo puede apropiarse cualquier hombre. Todos los demás bienes son del mundo, inaccesibles, vedados; bienes que la inhabilidad radical del hombre alejará siempre de su segura posesión.

Ser sabio es infinitamente mejor que ser genio. Hay sabios-genios pero con la sabiduría el genio deja de inquietar.

La sabiduría es el único camino que queda abierto para quien la ciencia le ha cerrado el suyo.

La sabiduría es un camino individual de salvación. Hay tantas sabidurías como granos de arena en una playa: sus vías son múltiples, su disciplina adecuada a cada rigor soportable.

La sabiduría se parece al deporte; deja una fatiga sana. Cansa físicamente y desenerva intelectualmente.

Nadie puede hacerse sabio sin ayuda ajena. Sabios son los maestros. También los hay mentirosos. Como los psicoanalistas, no se pueden hacer cargo de cualquier candidato.

La sabiduría hace complaciente, es un espíritu de reconciliación. Frente al mundo como lucha, ejercita la mansedumbre. La ejercita, no se da a gozarla, a degustarla.

La sabiduría no se deja sistematizar. Sus verdades forman un rosario, las ensarta un alambre, un cordel, una tripa de gato pero nunca un silogismo.

La sabiduría se expresa en máximas, en consejos, en alusiones. Se les oye, pero no se les puede deducir, son más bien a manera de iluminaciones, chispazos, intuiciones.

El hábito de la sabiduría sería el pasmo y por tanto el encandilamiento.

La sabiduría da a entender y a velar. Ilumina e invita al ocultamiento. No se puede hacer nada con una máxima de



Duns Escoto



sabiduría. Por un momento se la acarcia pero si se piensa en su aplicación sistemática la verdad se embota y se nos escapa como una estupidez insípida.

Nada es tan tonto como un repertorio de máximas. La sabiduría brota con las ocasiones, no se trae a colación a propósito de ellas; no juzga sino que se deja sorprender.

Mientras haya conflicto en el hombre no hay sabiduría. Lo que pugna repugna a la sabiduría. Es paz, reposo, apertura a una reconciliación sin condiciones.

La rutina es eterna. El sabio seguirá comiendo y vistiéndose cada día.

La sabiduría nos cambia pero no cambia al mundo. Y así está bien. La sabiduría no perturba las reformas del mundo.

La sabiduría nos reconcilia con lo que somos. Nos enseña a estimar el ser más alto que cualquier cambio.

A la sabiduría se llega tarde porque nos entorpece en la vida. Siempre creemos que hay otra salida.

La sabiduría, como la tierra, es fiel: no se avergüenza de recogernos en su seno en plena putrefacción.

Hay enemigos de la sabiduría. No les ha hecho nada pero la odian más que a la muerte. Denunciar al sabio como vicioso es la delicia del científico.

El sabio se olvida de su sabiduría: de ahí su inocencia y a la vez su inutilidad.

La sabiduría es irónica: se burla de los azoros con que el hombre habla con seriedad de su perdición.

La sabiduría y el fracaso se parecen como dos hermanos gemelos: el hermoso y el feo. El fracaso no anuncia la sabiduría, la suplanta; el éxito la ignora.

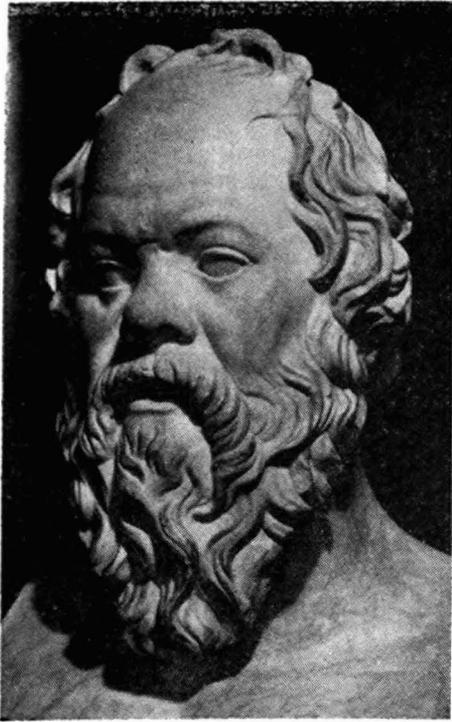
La sabiduría es sibilina. Le gusta ocultarse, darse a sorprender. Sin golpes no hay sabiduría.

Decirse sabio es un elogio que nadie se hace. Nadie se lo cree, nadie lo soporta, suena a anticuado, a cursi.

La sabiduría es una de las causas perdidas en este mundo. Un tío materno relegado a tutela complaciente de las criadas. Por eso "Mi tío" es sabio.

Los hombres sabios no sirven para nada. La sabiduría no se deja formular, es la única práctica que está asegurada sin teoría.

"Me pitorreo de los hombres prácticos y de su sabiduría", decía Marx al final



Sócrates

de su vida. Indudablemente no hablaba como científico.

*

La sabiduría tenía sus escuelas. La ciencia las ha despoblado.

*

Imagen eterna: en los vestíbulos de las facultades de ciencia un mendigo. A menos que lo hayan retirado las autoridades, o convertido en bedel. Los conserjes son siempre sabios en cualquier Facultad. Éste es un dato de pura experiencia.

*

Lo más grandioso de la sabiduría: procurar comunidad.

*

Cuando pensamos en la sabiduría nos regocijamos de su realidad. Ser sabio es ser algo que no estorba a los que piensan que todo cambia, pasa, desaparece, se transforma o se mejora.

*

El sabio no entorpece. Se echa a un lado y deja pasar. Luego se acomoda de nuevo en su lugar y prosigue con su meditación.

*

¿En qué piensa el sabio? En la sabiduría. Como un niño, mueve el caleidoscopio y se regocija con las figuras.

*

“¿Quién puede contar las caricias de los amantes? Son infinitas como las estrellas del cielo o las arenas de los desiertos de África.” Como caricias de amante son los hechos de la sabiduría: innumerables, variados, infinitos.

*

La sabiduría se complace en la variedad. Cuando se es sabio todo está jus-



Tchouang Tseu

tificado. El mundo es un mundo de amor.

*

Con los años se despierta el órgano de la sabiduría: el tercer ojo. Creíamos estar ciegos y vemos. La mejor promesa de la vida es iniciarnos en la sabiduría. Pero ¿qué le va en ello a la vida? En todo caso la normalidad de su sistema circulatorio.

*

Para enseñar la sabiduría tendríamos que confiar en la bondad de las gentes, no en sus intereses. Nadie está interesado en ser sabio. Todos quieren ser primero, *si mismos, algo*, y luego disfrutar de su manifestación.

*

Al sabio le queda frente al discípulo o bien el desdén o bien el bastón. No conoce la cortesía.

*

La sabiduría tiene que inventarse. Cada quien tiene su sabiduría que aprender. Lo más difícil es la continuidad, estar sobre el asunto sin desfallecimiento, en perpetuo entrenamiento.

*

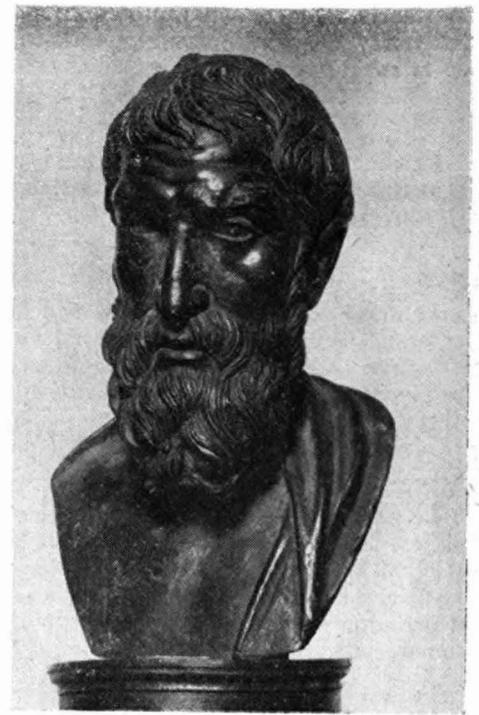
No hay sabiduría sin sentido de humor. Atinar con el misterio del mundo regocija. La sabiduría es una concepción festiva y deportiva del mundo. Nietzsche la comparaba a un bailarín. Los cirqueros han sido siempre sabios. El científico es pesado, redondo, carnoso y sudoroso. El sabio como el asceta no quiere encadenarse a una digestión trabajosa. Prefiere no comer.

*

La sabiduría, se dice, distrae de los quehaceres. Nada más falso; todo lo deja igual, es impotente de alejar la molestia de que mañana también hay que prepararse el desayuno. Como ayer, como siempre.

*

¿Cómo se comporta la sabiduría frente a la tiranía de la memoria? Anu-



Epicuro

lando la desesperación de verse siempre incorregido. Todo ha sido siempre igual. Inhábiles hemos sido siempre: hoy, ayer, mañana.

*

La sabiduría dice como Spinoza: darse a comprender. Podría decir: no llorar, no odiar, no desesperar, pero no reír, no, eso sí hay que hacerlo. Como dijo Schlegel de la filosofía: es una “bufonería trascendental”.

*

Hay que habituarse a pensar en las máximas de la sabiduría como se ha hecho un hábito repensar las ideas. Uno se sorprende inscrito en una tradición de sabiduría. El historicismo de la sabiduría es más veraz que el de la ciencia.

*

Una introducción a la vida de la pasión y una iniciación a la sabiduría se contraponen como la condenación a la salvación.

*

La sabiduría es una creencia que nos sorprende: no nos sentíamos capaces de tal extravagancia.

*

La angustia devora, la sabiduría digiere; una angosta, la otra ensancha.

*

La sabiduría tiene que florecer en un lenguaje, por ello entra en competencia con la ciencia y busca su alianza en la poesía y en el lenguaje cotidiano.

*

A la sabiduría nos conduce el dolor. Los impasibles no dan con la vía de acceso.

*

La mística y la religión son sabidurías tan mediatizadas que se aproximan a

la ciencia. He conocido profesores de religión y de mística, con un maestro de la sabiduría nunca he topado.

El psicoanálisis es una sabiduría a lo occidental: termina con invitaciones al filisteísmo o a la ciencia.

El marxismo parece ser una ciencia talmúdica y una sabiduría pedestre. Pero conforme a mis ideas una sabiduría pedestre es tan sabia como una sabiduría pensante.

La filosofía ama la sabiduría. La ciencia la desprecia. El arte la tolera y la religión la suplanta. Sólo la vida hace justicia a la sabiduría: la conduce a su expansión, dejándose a su vez expandir.

Hay quienes emprenden un viaje para curiosear, para aprender, para ver, pero no hay quien se quede quieto para que la sabiduría hable. Se considera que la desgana es un crimen y de cierto lo es si la sabiduría no la transforma en su espera y en su esperanza.

El quietismo y la sabiduría han andado siempre mezclados. El sabio no se explica por qué el reposo llama la sabiduría, es ya sabiduría.

El que se angustia no reposa. La angustia horada cuando el hombre está



Santo Tomás

quieto pero también en la quietud adviene la sabiduría.

En nuestro mundo a nadie se le ocurrirá salvaguardar el derecho esencial de todo hombre a ser sabio.

La filosofía hablaba constantemente del sabio pero lo confundía con el filósofo. Hoy nadie piensa que ser filósofo es ser sabio. En el mejor de los casos es ser científico. La filosofía como sabiduría está desprestigiada por sus sibilas germánicas: Martin Heidegger y Ludwig Wittgenstein.

Cada vez que aparece una sabiduría la mística se siente aludida.

La sabiduría reaviva con su presencia las mortecinas esperanzas de la religión y de la mística.

Hay hombres que combinan la inteligencia y la esperanza. La primera no les deja realizar la segunda. Son sistemas frustráneos de ciencia y sabiduría.

En medio del silencio, en medio de la noche, entre ruidos amenazantes, corroído por la angustia, la desconfianza y la soledad, el hombre deja que la sabiduría brote en su corazón y rescata de la hora incierta un hálito de reconciliación. El momento es fugaz, el consuelo pasajero e impalpable pero en su memoria profunda el ser humano sabe que hubo la presencia de una gracia y de una paz.

Sistematizar la gracia sería tanto como recoger la lluvia en un puño. El baño procura la alegría de un chorrear el agua por todo el cuerpo, por ello siempre ha sido visto como una imagen de la sabiduría.

Hay que acostumbrarse a ver las cosas desde un estrato tan profundo que sus contrariedades se emboten antes de corroernos. La reconciliación en la superficie es tan ilusoria como la calma sobre las olas. Cada momento vamos de un extremo a otro, la oscilación, la zozobra es desesperación. No atinamos con aquel punto lejano en que la perspectiva anula las enemistades y lo hace caer todo en una nuez armónica.

Rigidez e infertilidad: cierto: la neurosis es acartonada e infecunda.

Se interpone siempre una imagen inútil: la comunidad de naturaleza entre la sabiduría, la mística y la religión. En

la posesión de la sabiduría nadie perturba: es un bien mostrenco.

En sabiduría somos menos que discípulos, menos que un lego en ciencia. Es bueno soltar por delante lo que uno cree o se imagina que es la sabiduría para saber después hasta que punto se estaba en un error. Es claro, por ejemplo, que la sabiduría no tiene nada que ver con el saberlo todo o con el saber todo de nada. La omnisciencia y la filosofía están por igual alejadas de la sabiduría. La sabiduría es un saber, de esto no hay duda, pero no un saber-saber, sino un saber-callar... saber callar todas las cosas que uno sabe que no son sabiduría.

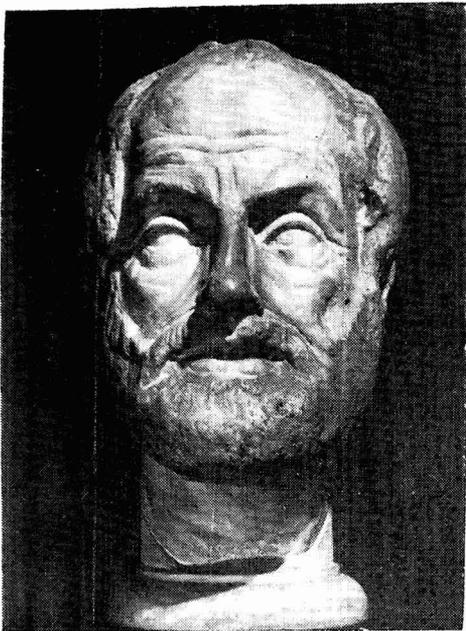
No hay camino de regreso en la sabiduría. Se la puede fingir, pero no se la puede traicionar. No existe el apóstata de la sabiduría. El que está en ella ha sido rescatado ya, como el que ha nacido, que se ha salvado de la nada sin remedio. Ni la muerte anula el nacimiento.

El sabio a diferencia del religioso no se anda escudando tras de una moral.

Está bien que funcionen escuelas de sabiduría ¡Ay del pueblo que repugne de su sabiduría! El pueblo salvaguarda su sabiduría como su propia salvación. La sabiduría de un pueblo es su estilo de ser. El ser habla en máximas de sabiduría o en líneas de poeta.



San Agustín



Aristóteles

La sabiduría de un pueblo es lo que tiene de abrigo; un pueblo incrédulo es un pueblo a la intemperie, en el desierto.

La sabiduría, como una madre, vive en el desinterés. Hay instituciones madres y por ello sabias: el estado, la iglesia, la familia y la Universidad tienen su sabiduría. Los que no la tienen son los burócratas, los curas, los padres de familia y los profesores. Sin sabiduría los hombres ya no están a la altura u hondura de las instituciones. Cuando la sabiduría se ausenta de un pueblo, de un estado, de una Universidad o de una familia, a sus miembros los devora la angustia.

La sabiduría nos va a la mano cada vez que nuestro yo cierra la llave de la generosidad. Represamos a la vida en caños tapados. La sabiduría ha sido siempre oficio de plomeros y ocupación con albayaldes.

La sabiduría requiere atención, calma, confianza. No se aprende corriendo, tampoco forcejeando sino dejándose penetrar sin angustia y sin vanos temores por una vida sin rencores.

A la sabiduría se llega o la sabiduría se allega a nosotros: problema insoluble y necio.

Hoy se pregunta si el hombre está a la altura de su destino planetario. El sabio sonreirá. Lo que ocurre es que nadie piensa en él. Pero en su seno se puede confiar que el mundo no será destruido. En cambio el científico pacta. No se puede ser humanista y fabricante científico de una bomba atómica. Ni porque nos lo imponga la patria por su falta de sabiduría.

En la sabiduría se alberga un saber de lo concreto, un saber concreto, como

en una canasta que está llena de fruta o de pescado. Pero no es la canasta, es el pescado.

La sabiduría, como la filosofía analítica, renuncia al universo y se queda con la pluralidad. Una máxima que todo lo resumiera, sería como la canasta que todo lo contiene, pero la utilidad no residiría en ser única sino en que la han llenado con todo.

La sabiduría está amenazada, en todos nosotros, por un saber previo que nos susurra, esto y esto, y lo de más allá es sabiduría. Con nuestra erudición pasa ante nuestros ojos un desfile de riquezas que nos da a creer que es la sabiduría. Pero no, no son la sabiduría, son Aristóteles, el catolicismo, el historicismo, la ciencia, etc. Son los ídolos, los fetiches, la rigidez de la conducta y su infructuosidad.



Nammalvar

La sabiduría, se dice, tiene que ser, en definitiva, algo práctico. Por lo pronto sí: es sacudirse la angustia, zafarse de su amago y esto es lo más práctico que puede ocurrirle a un hombre. Pero hay algo todavía más práctico que quitarse el sogal del cuello: saber vivir sin él y ésta es la gran esperanza. En este sentido el psicoanálisis es una sabiduría, por lo menos su introducción. Ya se ha ganado mucho con que el psicoanálisis no niegue *a priori* la posibilidad de la sabiduría.

La sabiduría ahuyenta los fantasmas y con ello nos hace madurar. La sabiduría no tiene nada que ver con la superstición. Ésta, en definitiva, nos hace creer que hay fantasmas buenos. La sabiduría se ríe de los fantasmas, buenos o malos.

Tiene la sabiduría una condición singular: está segura de sí misma y no se



Heráclito

mete agresivamente en contra de nadie: ni contra la religión, ni contra la ciencia, ni contra la mística. No es un proceder batallador e hipocondríaco. Se semeja al campesino que cultiva en paz su campo al canto del gallo.

La sabiduría es, a fin de cuentas, una reconciliación con lo sano, lo fresco y juvenil que hay en toda vida. Sabe de la muerte, de la enfermedad, del dolor y de la privación pero no se deja abatir y pronuncia un decidido *sí* ante la realidad.

La sabiduría, como la poesía, es indefinible pero innegable. Salvo que la poesía no rescata al poeta y la sabiduría nunca olvida al sabio.

La sabiduría, como la ciencia, lo tiene todo: principios, aplicaciones, escuelas y fanatismos. Lo que ya no tiene es actualidad.

El hombre tiene que ser salvado y no tiene otra misión que ésta. La sabiduría es la verdadera educación, todas las demás son "escuelas particulares", sólo la sabiduría es una auténtica *public school*. No hay más democracia que la sabiduría.

Lo cierto es que la sabiduría no pacta: sabe bien lo que es oro y lo que simplemente reluce.

La sabiduría es una invitación a la madurez. En un momento el sabio sabe que todo pasa por sus manos. No se azora de las crisis, que como máquinas registradoras y sumadoras, sacan implacablemente el saldo de su estancia en el mundo.

La sabiduría no se puede manifestar, no se puede exhibir: se asemeja a una curación tan profunda como la que arrancaría una caries de la raíz misma de un diente.

La sabiduría tiene su lenguaje técnico: la poesía.